ANOMALÍA, DOLOR Y FRACASO DE ESPAÑA

SANTOS JULIÁ

No es mi propósito hurgar de nuevo en la vieja herida del dolor de España para buscar sus raíces y proponer algunos remedios, sino, por el contrario, tratar de transmitirles una buena noticia: que parece haber sonado el fin de la representación desdichada de nuestro pasado; que se acabó el fracaso de España como paradigma de nuestra historia. En la historiografía producida durante las dos últimas décadas va implícito a veces, otras perfectamente explícito, un giro radical a la representación que los liberales hicieran de la historia de España como una anomalía, los noventayochistas como un dolor y los historiadores que trabajaron en los años cincuenta y sesenta como un fracaso. Nosotros, los nacidos después de la guerra, crecidos en la seguridad de que lo nuestro no tenía remedio, que fracasaríamos también, hemos visto aparecer, pegada a los talones, una nueva generación de historiadores que ha arrojado todo ese lastre por la borda y ha proyectado sobre el pasado una nueva mirada, menos dramática y, por tanto, menos fatalista. Éstas son algunas notas de esa historia, con un breve estrambote sobre la relatividad de las firmes convicciones que en cada momento de la vida nos forjamos respecto a nuestro pasado.

Una singular anomalía

"Todos convienen en que España" escribía Juan Valera en 1876, "social, política y económicamente considerada, está bastante mal. Salvo Turquía, quizá no haya en Europa otro pueblo que en esto nos gane. En punto a estar mal, somos potencia de primer orden". De la causa del malestar, seguía Valera, se ha disputado mucho y él se había formado también alguna idea, pues, buen conocedor de la historia de su patria y nada dado a aspavientos dramáticos, había dedicado largas reflexiones a bucear en las razones del "malestar de España" hasta llegar a la conclusión de que todo tenía su origen en "la singular anomalía de que habiéndose hallado al despuntar el siglo XVI a la cabeza de las naciones civilizadas... surgiera de aquella época el punto de partida de nuestra decadencia". Valera la atribuía a que en el momento del renacimiento científico España escogió el papel de defensora, adalid, brazo derecho del principio de resistencia a los conatos progresivos de la Edad Moderna. La guerra de los 30 años, la rebelión de los Países Bajos, las contiendas con Francia hicieron el resto, al imponer a la recién constituida nacionalidad española esfuerzos superiores a los recursos de que podía disponer, además de ahogar los gérmenes de vida de organización interior: Carlos V, cuando dejó de reunir a la grandeza en las Cortes, aparece así como el origen mismo de la anomalía y de la decadencia española. El resultado, una triple postración: intelectual, por haber quedado España al margen de la revolución científica; material, por haber destinado todos los recursos a la guerras; y política, por no haber desarrollado las instituciones que nos eran propias[1].

La visión de España "decaída de su antiguo esplendor, relegada a los últimos límites de Occidente... como apartada del mundo, fuera de aquel torbellino que arrebata a las naciones", que ya expusiera Donoso en un célebre discurso al Congreso[2], tendría, pues, su origen en el mismo hecho que convirtió a Castilla en potencia imperial-católica. Tal vez nadie haya contribuido tanto como Martínez Marina a forjar entre los historiadores de mitad del siglo XIX la seguridad de que gracias a las Cortes y a sus libertades antiguas Castilla no sólo había comenzado "en cierta manera a ser nación", sino que ocupaba "un lugar muy señalado entre las más cultas y civilizadas". A las Cortes se debía "la conservación del Estado, la existencia política de la Monarquía y la libertad nacional", de tal modo que, a finales del siglo XV, gozaba Castilla de un gran pasado y de un presente que prometía gloria, pues la muerte del príncipe don Juan, primogénito de los Reyes Católicos y heredero de sus Estados, abrió la puerta a la unión de "ambos reinos de la Península bajo un mismo cetro, formando así la Monarquía más poderosa de la Tierra". Pero todas estas cuentas se vinieron abajo cuando quiso "la mala estrella de España" –como escribió Martínez de la Rosa– que murieran la reina de Portugal, su hijo y la reina Católica. No quedaba más que doña Juana, de escasa capacidad y juicio, desposada de antemano con un príncipe extranjero. Y fue la extranjería de tal príncipe lo que torció el destino de España para los siglos siguientes, pues cuando había llegado Castilla al cenit de su esplendor cayeron sobre ella "unos príncipes extranjeros que, desatendiéndose de las obligaciones más sagradas, sin miramientos a las costumbres, a la Constitución ni a las leyes del país, sólo trataron de disfrutar el patrimonio, esquilmar

[1] Juan Valera: 'De la perversión moral de la España de nuestros días', *Obras completas*, Madrid, 1958, vol. III, pág. 1316; 'Introducción' a Modesto Lafuente, *Historia general de España*, Barcelona, 1890, vol. 20, págs. 2-4.

[2] De 4 de marzo de 1847. *Obras completas*, Madrid, vol. 2, págs. 162-168.

esta heredad, disipar sus riquezas y prodigar bienes y sangre en las guerras"[3].

"Perecen las libertades públicas en los campos de Villalar", lamentará Modesto Lafuente, que añadió al drama el ardor romántico de aquella mujer animosa, "enamorada de un esposo que acaba de perder y de una libertad que acababa de sucumbir y que intentará mantener con desprecio de su vida". Nada que hacer: después del reinado de los Reyes Católicos, "todo español y el más glorioso que ha tenido España", la historia ya no será nunca lo que había sido hasta ese momento[4]. Incluso Cánovas del Castillo, en sus años mozos y revolucionarios, participa de esta visión, de la que luego se distancia: la Monarquía austriaca llevaba "dentro de sí los gérmenes de corrupción que más tarde habrían de destruirla": el absolutismo, que mata las libertades de Castilla y de Aragón y suprime los privilegios del reino de Valencia; la Inquisición, que fue "enroscándose, a manera de serpiente, en torno del pensamiento español hasta que estrechó su anillo tanto que lo ahogó y le dio muerte"; el imperio, que desangró a la nación y expulsó de su seno a los más emprendedores y laboriosos, a todos los que sentían en su corazón "sed de bienestar, de placer y de gloria". Cánovas veía a España joven, vigorosa, libre en el pensamiento y en el obrar, franca, entusiasta, alegre, aunque grave, cuando vino sobre ella vejez temprana, contemplativa, descontentadiza, timidez penosa en el pensamiento, íntimo recelo de todas las cosas, indiferencia terrenal, melancolía apática, obediencia pasiva, resignación fatalista. No se podía caer más bajo[5].

Pero lo que era una anomalía inducida por un príncipe extranjero y mantenida por el absolutismo austracista podría corregirse desde el mismo momento en que se recuperara la libertad y se renovara la tradición de las Cortes: tal era la convicción de liberales y románticos al añorar las Cortes de Castilla y lamentar las libertades perdidas en el campo de batalla. España había sido grande en el pasado y volvería a serlo en el inmediato futuro, porque el "gran ser de nuestro pueblo" había conservado, a pesar del absolutismo y de la negra pintura que ofrecía la muerte de Fernando VII, "su energía y su virtud latente". Es el mismo pueblo que la guerra de la Independencia había "destacado a la admiración universal", en el que residían intactos "la entereza, la hombría y el arrojo"; el pueblo que en 1854 volverá a romper "con noble y fiero orgullo sus cadenas", que debía su triunfo a "sus propias fuerzas, a su patriotismo, a su arrojo". Siglos de absolutismo, de desvío de la historia, no habían bastado para destruir al "pueblo noble y generoso" en el que se expresa la santa voluntad del Señor[6]. Con ese pueblo, la causa de la libertad, mil veces aherrojada bajo el despotismo, no estaba perdida. La constatación de la anomalía de España, del desvío de una historia que pudo ser gloriosa y acabó en la negrura del despotismo, avivaba la fe en la energía, la generosidad, la nobleza, el orgullo, el

[3] Francisco Martínez Marina: *Teoría de las Cortes*, Madrid, 1979, vol. I, págs. 98-103. Francisco Martínez de la Rosa: *Bosquejo histórico de la política de España, Obras*, Madrid, 1962, vol. VIII, pág. 174.

[4] Lafuente: *Historia*, vol. 1, págs. 57 y 58.

[5] Antonio Cánovas del Castillo: *Historia de la decadencia de España*, Málaga, 1992, págs. 5-54.

[6] Lafuente: *Historia*, vol. 22, pág. 338. Manuel Azaña: 'Estudios sobre Valera', *Obras completas*, México, 1966, vol. 1, págs. 981-983. Pi y Margall: 'Al Pueblo', 21 de julio de 1854; Sixto Cámara: 'Manifiesto de la Junta Nacional Revolucionaria al Pueblo', abril 1857, en Clara E. Lida: *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español, 1835-1888. Textos y documentos*. Madrid, 1973, págs. 96-99 y 117-122.

patriotismo del pueblo para restaurar la libertad. Cortes y comunidades, libertades y sacrifico de la vida eran como las semillas que habrían de fructificar aunque su pérdida hubiera desviado por rutas miserables una historia que se prometía esplendorosa.

Raza canija, políticos infames

Toda esa esperanza se derrumbó con el cierre del sexenio democrático y la liquidación de la República federal. La exaltación popular y nacional del liberalismo romántico se convirtió, tras el fracaso de la Gloriosa Revolución de septiembre de 1868 y de la República federal de febrero de 1873, en la convicción de que el daño afectaba a las más profundas entretelas del pueblo. No le resultó difícil al partido alfonsino encontrar mercenarios que formaran nuevas milicias, ahora ya no al servicio de la libertad, sino al de la reacción restauradora. El duque de Sesto, "unionista adinerado y figura tan popular en los palacios de la Castellana como en los patios de la vecindad de la calle Toledo", con la ayuda de Romero Robledo, "revolucionario arrepentido, cacique en Córdoba... formaron una suerte de milicias. Sesto dirigía la más popular, del 'aguardiente', que reunía broncos reclutas, matarifes, toreros, charlatanes, tratantes, chisperos, gitanería, la flor y nata de la calle Toledo". Eso era también el pueblo, sólo que con otra cara. Las partidas de la porra que los alfonsinos organizaron sin mayor problema habían mostrado esa faz siniestra del pueblo que los liberales conocían bien –aunque a veces se olvidaban de ella– pues era idéntica a la de aquellas "turbas de miserables" que frente a la indignación y el terror de la "parte sensata del pueblo" habían mostrado su alborozo y entusiasmo en la "espantosa cuanto impolítica y denigrante restauración" de Fernando VII[7]. No, el marasmo en el que caía España no se debía a una injerencia exterior, no se le podía echar por completo la culpa a la dinastía. El daño, por así decir, lo llevaban los españoles en el tuétano.

Esto fue lo que percibieron, antes que nadie, los primeros regeneracionistas, los impulsores de la Institución Libre de Enseñanza. "El desaliento, la amargura y la aspereza" de los escritos de Giner de los Ríos tras el fracaso democrático revelan –ha escrito López-Morillas– la pérdida de fe en el pronto advenimiento de un mundo feliz[8], como todavía creía la generación romántica. El mal es profundo y el remedio sólo podrá operar a muy largo plazo: es inútil tratar de ser de golpe como los ingleses. El mal, dirá Cossío, radica en que en España "no hay pueblo que viva con la libertad de pensar", con una opinión independiente y propia; "no hay un país, ese país que admiramos en Inglaterra como en ninguna otra parte". Desconfianza, profundo pesimismo respecto al pueblo español, al que han visto salir a la calle en las alteraciones revolucionarias del sexenio, que extienden de inmediato al conjunto de la clase política, pues todos convienen en que los "diputados, senadores, ministros, etcétera, no están (para resolver problemas) sino para hacer discursos, dar y tomar destinos, mendigar plazas de alquilones en las grandes compañías industriales y no tratar de otra redención que la suya"[9]. Los institucionistas dejaron de creer en la capacidad del pueblo para conquistar la libertad y en la de los políticos para administrarla. Lo que había que emprender era una larga obra de educación para modificar el carácter de modo que salieran de las escuelas ciudadanos libres, formados en el espíritu público, que hubieran aprendido a amar la cultura de la patria y sobre los que se pudiera edificar el progreso y la libertad.

Han pasado los tiempos de euforia romántica; el recuerdo de las glorias pasadas y de las viejas libertades no ha servido para nada, se ha aprendido la dura experiencia de una democracia incapaz de sostenerse: una profunda desconfianza en la política acompaña desde el principio la oleada de regeneración que tiene en la Institución Libre de Enseñanza sus primeros abanderados, pero que se extenderá como la pólvora a medida que transcurran los años. Por poner sólo dos ejemplos que afectan a las dos bestias negras del regeneracionismo, el pueblo y los políticos: en 1888, Pompeyo Gener no veía en España más que una raza canija y enflaquecida, moral y físicamente débil, improductiva, visionaria; y Lucas Mallada destacará dos años después, como cualidades que adornan a los políticos españoles, la más crasa ignorancia, la osadía, el espíritu de discordia y rebeldía, su inmensa soberbia, la veleidad y ligereza, su aturdimiento, la ingratitud y la doblez, su ambición ilimitada. En resumen, una nación desventurada, que tiene en su base un pueblo de alucinados hambrientos y a su frente a políticos dedicados a provocar y devolver violentos ataques, sostener utopías y delirios, socavar honras ajenas, embrollar las cuestiones, aprovechar descuidos, proyectar conjuras, triturar al adversario[10].

La gente del 98

Eso era España en 1890: raza canija, políticos infames. De eso no había duda, y por si todavía quedara alguna, el desastre del 98 fue como el mazazo que acabó por machacar las ilusiones que pudieran abrigar los muchachos que "abrieron los ojos de la curiosidad razonadora al tiempo de la gran caída de las hojas de la leyenda patria"[11]. A finales de siglo no quedaba ni rastro de la expectativa romántica de un pronta regeneración por la recuperación de las instituciones democráticas ni de la cauta confianza en la regeneración del país por una larga obra de educación. España está en el marasmo, escribe Unamuno cuando se acerca el fin de siglo: esto es un "pantano de agua estancada", "un páramo espiritual". Y Yuste, sentado con Azorín debajo de una higuera mística, piensa en "las amarguras que afligen a España" y

[7] Formación de milicias, José Valera Ortega: *Los amigos políticos,* Madrid, 1977, pág. 32; turbas de miserables, Ayguals de Izco: *La bruja de Madrid,* Madrid, 1969, pág. 39.

[8] Juan López-Morillas: *Racionalismo pragmático. El pensamiento de Francisco Giner de los Ríos,* Madrid, 1988, págs. 40-42.

[9] Manuel B. Cossío, en *Congreso Nacional Pedagógico,* 1882, cit. por Yvonne Turin: *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902,* Madrid, 1967, págs. 38-39. Francisco Giner de los Ríos: 'La crisis de los partidos liberales', en *Ensayos,* Madrid, 1969, págs. 199-201.

[10] Pompeyo Gener: *Herejías. La decadencia nacional. De la incivilización de España,* pág. 179, cit., por Pedro Sainz Rodríguez: *Evolución de las ideas sobre la decadencia española,* Madrid, 1924, págs. 74-76. Lucas Mallada: *Los males de la patria,* Madrid, 1969, pág. 202.

[11] Ortega a Unamuno, enero 1904, en Laureano Robles, ed., *Epistolario completo Ortega-Unamuno,* Madrid, 1987, pág. 33.

sentencia, rotundo: "Esto es irremediable"[12].

Irremediable porque el desastre no hace más que empujar el pensamiento de la nueva generación en la misma dirección que ya habían emprendido los institucionistas. La gente del 98[13] repite, acentuando el dramatismo, lo que ya se sabía desde los años ochenta acerca de la decadencia de la raza y de la perversidad de los políticos. El pueblo, escribe Unamuno, no es más que "masa electoral y contribuible"; la raza, según determinará Costa, que presumía de conocer el mal, era atrasada, imaginativa y presuntuosa, y, por lo mismo, perezosa e improvisadora, y, por tanto –y esta es la novedad central– incapaz para todo lo que signifique evolución. Un pueblo rezagado de más de tres centurias, indigente, anémico, ineducado, escaso de iniciativa, perdida la brújula, una raza de eunucos, un material, como dirá Azaña en su aguda crítica a Costa, destestable[14].

La raza infame arrastra siempre el correlato de unos políticos abyectos. ¿Cómo, si no fueran borregos, podrían los españoles seguir a esa caterva de políticos? Los del 98 seguirán la pauta establecida: qué son los "jefes ilustres" de los partidos, sino unos "santones que tienen que oficiar la pontifical en las ocasiones solemnes", exclama Unamuno. Y Azorín, que aprenderá lo suyo sobre la abyección, escribía: "No hay cosa más abyecta que un político". Lo que ocurre es que la gente del 98 añadirá algo más, y sustancial: no es que los políticos sean abyectos, es que la política misma, identificada con ese mal que España lleva en la entraña y que se define como caciquismo, es abominable. Y como había que cambiarlo todo, pues, como decía Yuste, sacando la última consecuencia de su diagnóstico sobre las amarguras de España, nada del pasado vale, de dictaminar que no hay pueblo y que es preciso acabar con los políticos a pedir las abolición de las instituciones en las que la acción política se desarrolla no habrá más que un paso que estos señores darán a banderas desplegadas.

Experimentalmente, escribe Baroja, que era hombre dado a experimentos, "y visto que el sufragio universal no resuelve nada, debe ser suprimido". Bravo por Baroja: si el pueblo es ignorante, para qué servirá el sufragio, sino para ahondar los males de la patria, afincando cada vez a los caciques. Costa, que al final de su vida habrá propugnado todas las fórmulas posibles, no podía faltar por entonces al coro; y aunque no es tan drástico como Baroja, no reprocha a Macías Picavea que haya juzgado "imposible la rehabilitación de España como no se tuviera en suspenso las Cortes por 10 años cuando menos". Nada de rectificar el censo, moralizar el sufragio, respetar la voluntad popular: todo eso son pamplinas. No, hay que ir más al fondo: la máquina esta montada de tal guisa –asegura Costa– que como al cacique le dejen las Cortes, "aun dándole matadas en contra las cartas, suyo es el juego". Se acabó, hay que terminar la partida y levantar la mesa: fin del sufragio, fin del caciquismo, fin de las Cortes, fin de la política[15].

¿Y qué se pondrá en su lugar? En este punto, las respuestas variaron según los autores y según la edad y circunstancia de cada autor y no es cuestión ahora de desviar la atención hacia las medidas terapéuticas que se ocurrían a unos y otros en uno y otro momento. Lo que interesa es el fondo sobre el que se realiza el diagnóstico y que Baroja trae a la superficie con su característica brutalidad: "Siguiendo una política experimental no se haría nunca reforma alguna". Nada de reformas; lo que hay que hacer es algo mucho más tremendo: suprimir todas las instituciones democráticas, concluir que la masa es siempre lo infame, lo cobarde, que en el Congreso de los Diputados las almas viles y rastreras acaban imponiéndose a la altas y nobles. La única salida posible es buscar un tirano: "Si el país necesita un buen tirano, busquémosle". Bien, busquemos al tirano: Costa se empleará en el asunto aunque, como le reprochaba Azaña, buen trabajo deberá tomarse el tal tirano si tenía que habérselas con un material tan de desecho como aquella raza de eunucos. Dulcifica el concepto: se contenta con un cirujano de hierro que, asegurando personalmente la dirección del Estado y haciendo que el Gobierno funcione con independencia de las Cortes, no necesitaría cerrarlas. Unamuno, mientras tanto, escribía a un amigo que "con la libertad no se hace conciencia" –¡con la libertad no se hace conciencia!– y que como el pueblo era un animal doméstico lo que había que hacer era europeizarlo pedagógicamente, y evocaba, en consecuencia, al "redentor (que) avive con la ducha reconfortante de los jóvenes ideales cosmopolitas el espíritu colectivo intracastizo" que dormía esperándole[16].

Pero no es el tirano, cirujano o redentor, cada cual con su terapéutica, lo que interesa ahora, sino constatar una vez más cómo de una determinada representación del pasado resulta una consigna para el presente: no hay posibilidad de reforma porque todo en el pasado está podrido; luego hay que cambiar todo el presente; y como el pueblo es miserable y los políticos son corruptos, bienvenido sea el tirano. Nadie como la gente del 98, ni siquiera los socialistas, cuyo apoliticismo parece como un juego de niños al lado de la rotundidad de estos jóvenes transidos de dolor de España, ha contribuido de manera tan radical a deslegitimar el sistema entero de la Restauración. No turbemos el egoísmo de esta España enferma, sentada en su carrito de paralítica, recomienda Ramiro de Maeztu, y, como llevándose el índice a los labios, susurra: "Dejémosla dormir, dejémosla morir. Y cuando apunte otra España nueva, ¡enterremos alegremente a la que agoniza!"[17]. Con España no había nada que hacer más que asistir alborozados a su entierro: tal es la conclusión a la que desde 1902 llega la gente del 98.

Dolor de España

En tono menos castizo, pero con acentos tan dramáticos y perentorios, las más claras cabezas de la generación siguiente, la del 14, no dirán otra cosa, aunque no

[12] Unamuno: 'Sobre el marasmo actual de España', *En torno al casticismo*, Madrid, 1991, págs. 147-168. Azorín, *La voluntad*, Madrid, 1989, pág. 86.

[13] La expresión es de Ricardo Baroja: *Gente del 98. Cine, arte y ametralladora*, Madrid, 1989.

[14] Joaquín Costa: *Oligarquía y caciquismo*, Madrid, 1975, vol. 1, pág. 81. Manuel Azaña: '¡Todavía el 98!', *Obras completas*, vol. 1, pág. 561.

[15] Pío Baroja: 'Vieja España, patria nueva', *El tablado de Arlequín*, Madrid, 1982, pág. 53. Costa: *Oligarquía*, págs. 87-95.

[16] Baroja: *El tablado*, pág. 55. Costa: *Oligarquía*, pág. 88. Miguel de Unamuno a Timoteo Orbe, 8 de octubre de 1901, *Epistolario inédito*, ed., de Laureano Robles, Madrid 1991, vol. 1, págs. 99-100, y *En torno al casticismo*, pág. 168.

[17] Ramiro de Maeztu: 'Parálisis progresiva', *Hacia otra España*, Madrid, 1967, pág. 41.

siempre coincidan en el remedio e incluso aunque algunos de ellos piensen que el remedio es exactamente el contrario al propugnado por los del 98, o sea la democracia[18]. En las tan versátiles representaciones del pasado de España que salen de la pluma de Ortega puede percibirse una constante: el pasado de España es un inmenso vacío. En tiempos de juventud, Ortega creyó que la anormalidad de la historia de España podía remontarse a unos cuantos lustros y que era cosa, por así decir, pasajera; luego, Costa le convenció de que España llevaba ya dos siglos decayendo; más tarde, cuando llegó a su primera madurez, Ortega intentó demostrar que la decadencia afectaba a toda la Edad Moderna, pero al final un "mayor estudio y reflexión" le enseñó que la decadencia española no fue menor en la Edad Media que en la Edad Moderna, lo cual le llevó a la conclusión, literalmente insoportable para cualquiera que no sea filósofo, de que toda la historia de España era la historia de una decadencia. Decaer se elevó así al rango de un trascendente metahistórico y metafísico: decadencia definía el ser de España. Como María Zambrano escribirá unos años después: la historia de España se nos había convertido en una encerrona; todo era metafísica en España[19]. En verdad, si a alguien le conviene el reproche dirigido por José Antonio Maravall a todos los que escribían la historia de España como si del perfil de un hueco se tratara, o sea, por lo que no fue o no hubo, en lugar de contar positivamente lo que fue o hubo, es a Ortega, que cada cuatro o cinco años ampliaba en uno o dos siglos el no ser de España: en una ocasión dijo que carecíamos de siglo XIX, en otra que nuestro mal se explicaba porque no habíamos tenido Ilustración, luego llevó la cosa más lejos, hasta comienzos del XVI, y aun le quedó la oportunidad de achacar el daño a que no habíamos tenido ni siquiera Edad Media[20].

Se comprende el profundo dolor ante tanta carencia: Ortega transformó la representación del pasado de España como anomalía en sentimiento de dolor por su decadencia. La gente del 98 había recorrido ya mucho camino en esa dirección: "Mueve mi pluma el dolor de que mi patria sea chica y esté muerta", había escrito Maeztu; y Unamuno sufría a veces el dolor de España como si fuera un dolor de muelas, de tan físico como lo sentía. Pero corresponde a Ortega convertir a España en un "pozo de errores y de dolores" y elevar, en consecuencia, el dolor de España a la categoría de ser: "España es un dolor enorme, profundo, difuso", y a rasgo distintivo de una generación. Cuando se presentó, en resonante conferencia, como debelador de la vieja política y portavoz de la nueva, Ortega poseía la plena conciencia de representar a una generación nueva, que había nacido a la atención reflexiva en la terrible fecha de 1898, que se hallaba entonces "en medio del camino de la vida" y que no había tenido ocasión de presenciar no ya un día de gloria o plenitud, pero ni siquiera una hora de suficiencia. Una generación, sigue Ortega, "acaso la primera, que no ha negociado con los tópicos del patriotismo y que al escuchar la palabra España no recuerda a Calderón y Lepanto..., sino que meramente siente y esto que siente es dolor"[21].

Por entonces, Ortega había tenido ya suficiente ocasión y público para preguntarse por las razones de "tanta desventura" y ofrecer una respuesta: somos una raza que ha perdido la conciencia de su continuidad histórica, raza sonámbula y espuria, que anda delante de sí sin saber de dónde viene ni adónde va; raza fantasma, raza triste, raza melancólica y enajenada, raza doliente[22]. Pero Ortega no se limita a inventar la historia idealmente hacia atrás o, más exactamente, a inventar su inexistencia, sino que percibe en su rededor la aparición de una nueva España, de las "nuevas generaciones" formadas por españoles que se dedican "al trabajo científico y literario, a la industria, a la técnica administrativa y comercial". Su actitud no es la de desesperar de las posibilidades de la raza, puesto que esa generación está ya ahí, asiste a sus conferencias, firma sus manifiestos, se adhiere a sus ligas, se mueve. Y así, la consecuencia política final del dramático descubrimiento de un pasado vacío y de la constatación de esa nueva España que pugna con la vieja estará a la altura del descubrimiento mismo; españoles, no tenéis Estado, clama desde *El Sol* a mediados de noviembre de 1930, reconstruidlo. El camino emprendido desde que a principios de siglo confesaba a Unamuno su vergüenza étnica; desde que en 1910 había declarado que para los españoles era España el problema primero, plenario y perentorio; desde que en 1914 había llegado a la conclusión de que la Restauración era como "vivir el hueco de la propia vida" en un panorama de fantasmas con Cánovas ejerciendo de gran empresario de la fantasmagoría, llevaba a la conclusión política de que no quedaba más remedio que fiarlo todo a una nueva España, una nueva generación que partía de cero para derruir lo presente, derribar la monarquía y el Estado entero y crear uno nuevo. Ortega tardaría exactamente 30 años en sacar la última conclusión de aquella representación de la historia de España como un inmenso vacío, pero finalmente llegó a puerto. Su último llamamiento, dirigido a "todo el profesorado y magisterio, a los escritores y artistas, a los médicos, a los ingenieros, arquitectos y técnicos de toda clase, a los abogados, notarios y demás hombres de ley", y muy especialmente a la juventud, tenía un objetivo claro: derribar la Monarquía y proclamar la "República como símbolo de que los españoles se han resuelto por fin a tomar briosamente en sus manos su propio e intransferible destino". Tal era la conclusión final de la representación del pasado como gran dolor de España y la afirmación de una España nueva que crecía a su lado[23].

[18] Donald Shaw observó que, respecto al problema de España, Ortega prolonga el enfoque del 98 sin ofrecer una alternativa en *La Generación del 98*, Madrid, 1985, pág. 255.

[19] María Zambrano: 'El español y su tradición', *Hora de España*, abril 1937, págs. 264-266.

[20] Ortega habla de su progresiva anticipación de la decadencia de España en 'España invertebrada', *Obras completas*, vol. 3, 118-122. Maravall se mete con quienes cuentan la historia de España diciendo: "No hay feudalismo, no hay burguesía, no hay Ilustración", en *Estado moderno y mentalidad social*, Madrid, 1972, vol. 1, pág. 7.

[21] Ortega: 'La pedagogía social como programa político', 12 de marzo de 1910, y 'Vieja y nueva política', 23 de marzo de 1914, *Obras completas*, vol. 1, págs. 504 y 268.

[22] Ortega: 'Asamblea para el progreso de las ciencias', 10 de agosto de 1908, *Obras completas*, vol. 1, pág. 105.

[23] 'Asamblea para el progreso de las ciencias', 'Vieja y nueva política' (1914), 'España invertebrada' (1921), 'El error Berenguer' (15 de noviembre de 1930) y 'Agrupación al servicio de la República. Manifiesto' (10 de febrero de 1931), en *Obras completas*, vol. 1, págs. 105-110; vol. 3, págs. 118-122; vol. 11, págs. 274-279 y 125-128.

Es curioso que Azaña haya llegado, por un diferente camino, a una conclusión similar. Curioso, porque Azaña tenía de Valera el desdén hacia los libros terapéuticos y, como Valera, sabía de historia de España porque la había leído en sus fuentes, no porque se la hubiera imaginado, y percibía, a pesar de las Comunidades, de la pérdida de libertades de Castilla y del injerto imperial austroalemán, una más gruesa línea de continuidad entre Isabel y Fernando y su nieto Carlos. En sus trabajos de los años veinte, Azaña había expresado sus dudas respecto a la posibilidad de aislar lo castizo español de lo dinástico y católico universal, con lo que se situaba a medio camino entre Martínez Marina y su teoría de la quiebra de continuidad a partir de comienzos del siglo XVI, y Menéndez Pelayo, que endilgaba la quiebra de la continuidad a la Casa de Borbón, asesina de la "antigua libertad municipal y foral de la Península", y tenía a Carlos por lo español auténtico[24]. Además, Azaña había dado en la diana de todos los puntos débiles de la crítica realizada por la gente del 98: haber constituido el tema de la decadencia, menos nacional de lo que ellos mismos habían pensado, como "cebo de su lirismo", haciendo "válida la especie de que ser español es una excusa de impotencia"; haberse apuntado a la corriente general de egolatría y antipatriotismo desencadenada en otros climas; haber erigido el desdén, la agresión y la violencia como virtudes teologales de la nueva escuela; su orgullo desesperado, que les convertía en unos anarco-aristócratas, enemigos de la democracia; su casticismo agarbanzado, la falta de pudor en la expresión de su dolor y la vacuidad de una solución que se reducía a poner en buenas manos una revolución salvadora, o sea, la llamada a un cirujano, tirano y a la vez redentor. Se sabe bien, en fin, que Azaña tuvo en algún momento a Ortega por ocurrente más que por pensador y que, aun si lo había secundado en sus diferentes ligas, había optado por apuntarse al partido reformista para hacer política dentro del sistema de la Restauración. En todos esos sentidos, Azaña era más deudor de Valera que de la gente del 98 o de Ortega, y había llegado a conclusiones menos radicales que sus coetáneos: consideraba una desgracia partir de cero, negar el pasado, construir de la nada; rechazaba como "primitivo, un poquito salvaje y fastidioso en demasía" la fatalidad de que los españoles tuvieran que aprender que el fuego quema poniendo las manos en las ascuas. No que no sintiera el problema de España, sino que creía que la única respuesta era la democracia y que el camino consistía en abrir el régimen de la Restauración incorporando a él a la nueva generación de profesionales e intelectuales reformistas[25].

Pero el golpe de Estado militar y la connivencia de Alfonso XIII con Primo de Rivera le obligó a leer de nuevo la historia y sacar conclusiones bien diferentes a las que había propuesto hasta 1923. Desde que publica *Apelación a la República,* sus acentos se confunden con los de la generación romántica: durante tres siglos y por temporadas en el XIX España ha sido regida por el absolutismo dinástico que ha seguido, durante todo ese tiempo, una política antinacional; la decadencia de España consistió en el despilfarro y la pérdida de las energías vitales del país, de su riqueza interna, en la devastación de su suelo, en el estrago de su inteligencia, en la miseria moral. El Antiguo Régimen ha sido, en definitiva, el desastre de España. Y Alfonso XIII, alentando un golpe de Estado, pretende continuarlo. Azaña entonará entonces un canto a la libertad y al liberalismo del que sacará una consecuencia en la que se funden los ecos de Martínez Marina y Modesto Lafuente con los de la gente del 98 y Ortega: la historia de España le parece distorsionada por las dinastías extranjeras, desviada de su rumbo; pero si eso es así y el despotismo continúa es porque los liberales han fracasado, no se han atrevido a culminar la revolución y han entregado a sus hijos a los poderes despóticos: el Ejército y la Iglesia. No hay más solución, por tanto, que proceder a una "vasta empresa de demoliciones", liberándose del "morbo histórico" y buscando brazos donde los haya: "Brazos del hombre natural, en la bárbara robustez de su instinto elevado a la tercera potencia a fuerza de injusticias". El pueblo noble y generoso inventado por el romanticismo para consumo de visitantes extranjeros; el pueblo rural y canijo que los del 98 y Ortega habían despreciado, se convierte ahora, cuando se está tramando una insurrección contra la Monarquía, en los "gruesos batallones populares, encauzados al objetivo que la inteligencia les señale". Llegado a este punto, no queda a Azaña más que sacar la última conclusión: "No me importa cómo será el mañana; sólo que el presente y su módulo podrido se destruyan"[26]. Si el pasado es un desastre, el presente está podrido y entonces no queda otra fórmula que destruirlo todo sin que pueda importar demasiado lo que vaya a ser el mañana.

Representar la historia de España como anomalía y decadencia, sentirla como un dolor, condujo inevitablemente a la repulsa radical del presente, a la deslegitimación del sistema político imperante y, todavía más allá, al rechazo del Estado, lo que llevaba implícita la llamada a una empresa de regeneración que tomara el aire de una revolución. Los liberales creyeron que la anomalía podría arreglarse con una intervención del pueblo generoso; los institucionistas, que dejaron de creer en el pueblo, fiaron la regeneración a una lenta acción educativa de la que salieran ciudadanos libres; la gente del 98 parecía no ver en el horizonte más que el bisturí del cirujano o la aureola del redentor; los del 14 oscilaron entre llamar a la nueva clase media y pactar con la clase obrera organizada para organizar una insurrección contra la Monarquía. Algo unía, sin embargo, a todas estas corrientes: la convicción de que el módulo del presente estaba podrido. El resultado fue una ruptura con el pasado inmediato con objeto de continuar idealmente la auténtica historia de España. Por sus raíces, sus recursos, el elemento huma-

[24] Brindis del Retiro, en *Textos sobre España,* Madrid, 1962, págs. 176-178; "España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de san Ignacio; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad", escribió el joven Menéndez Pelayo, para concluir, como en un lamento desesperado: "No tenemos otra": *Historia de los heterodoxos españoles,* Madrid, 1956, vol. 2, págs. 1192-1194.

[25] Azaña considera la democracia como única vía para que España retorne a la "corriente general de la civilización europea" desde su conferencia de 1910, *El problema español,* Madrid, 1990. Para la crítica al 98 y su visión de la historia: '¡Todavía el 98!' y 'El *Idearium* de Gavinet', *Obras completas,* 1966, vol. 1, págs. 557-619.

[26] *Apelación a la República,* Madrid, 1990, págs. 99-114; 'Tres generaciones del Ateneo', *Obras completas,* vol. 1, págs. 634-635.

no que en ella participa y la fiesta popular en la que finalmente consiste, la República instaurada en 1931 recuerda por más de un motivo a las revoluciones del siglo XIX. Como ellas, tampoco en esta ocasión pudo consolidarse: la Segunda República duró algo más que la primera, pero sucumbió de modo infinitamente más catastrófico.

España como fracaso

Con la derrota de la República después de tres largos años de guerra entre españoles que se tenían unos a otros como extranjeros, la representación de la historia de España, iniciada por la generación romántica como una anomalía, se transformó en manos de historiadores y sociólogos profesionales en un fracaso de universal dimensión que afectaba a todos los órdenes de la vida. El supuesto teórico de la interpretación que llegará a ser dominante, dependiente a partes iguales del marxismo y de la escuela francesa de *Annales,* era el de concebir la sociedad como una totalidad con subsistemas, de los que el económico aparece como determinante en última instancia. El primer contenido de esa interpretación debía afectar, pues, a la economía, que se consideraba bajo el peso del estancamiento agrario y el fracaso de la revolución industrial. La economía estancada determinó la frustración de la sociedad civil, que habría mantenido durante todo el siglo XIX y hasta la mitad del XX una estructura arcaica, sobre todo porque carecía de una auténtica burguesía industrial. Sin sociedad civil poderosa y articulada, el Estado era una débil superestructura incapaz de desarrollar las tareas propias del moderno Estado nacional y los políticos no eran más que unos comediantes, inconscientes de quién manejaba realmente los hilos de la trama. Estancamiento agrario, fracaso industrial, debilidad de la burguesía, ausencia de clase media, ineficiencia del Estado como creador de la nación determinaron la hegemonía cultural de estamentos e instituciones del Antiguo Régimen: tal sería en su más cruda desnudez el paradigma historiográfico dominante después de la guerra civil.

No hay más que abrir un pequeño librito de gran influencia entre los universitarios españoles para percibir de golpe todos los elementos de esa representación del pasado como fracaso. Pierre Vilar, en una breve *Historia de España,* aparecida en francés en 1947, aseguraba que el retorno de Fernando VII y la anulación por completo de la obra gaditana fue *el fracaso no sólo de unos cuantos años, sino de todo un siglo.* El XIX es, de acuerdo con esta visión, un siglo fracasado o, más exactamente, el siglo del fracaso de España, cuyo anacronismo –sigo citando a Vilar– permaneció "intangible" en medio del occidente europeo[27]. Pero si el anacronismo continuaba intangible, todo lo que había ocurrido en el plano de la superestructura, o sea en la política, y más concretamente en el Parlamento, era despreciable. Y no porque "el parlamentarismo repugne al espíritu español", concede Vilar, sino porque "pintoresca o fastidiosa, la historia política del siglo XIX español no es sino un encadenamiento de intrigas, comedias y dramas"; nada de sustancia, en definitiva. Y para que no se crea que es una afirmación al azar, Vilar remacha unas páginas más adelante: "Vacilante y versátil, la vida política española del siglo XIX queda en la superficie de la sociedad". En verdad, para la escuela a la que Vilar pertenece, toda vida política queda en la superficie, no siendo más que espuma del hondo mar. Algo de eso era lo que pensaba también Unamuno cuando, considerando la vida política como mero artificio, buscaba el ser de las cosas en su intrahistoria. Pero Unamuno no era historiador y no tenía que dar cuenta de los fenómenos que observaba. El historiador, sin embargo, debe interpretarlos y Vilar no duda al ofrecer su interpretación: socialmente, el siglo XIX es un arcaísmo; políticamente, una comedia; en resumen, un fracaso[28].

A Vicens Vives, de quien siempre emana un estimulante optimismo vital, le escamaba que el siglo XIX fuera tan denostado por tradicionalistas, liberales, movimiento obrero y burguesía –y hasta por Franco, habría que añadir, que lo hubiera querido borrar de nuestra historia por ser "la negación del espíritu español"[29]–, y tenía la convicción de que la historia "absolverá en buena parte a nuestros antecesores", porque el choque de intereses que habían protagonizado era común a toda Europa y había llevado, como en toda ella, a la "revolución burguesa". El problema para Vicens no consistía en que España hubiera quedado presa durante 100 años de una extraña inmovilidad o de un anacronismo, pues cuanto se logró a final de siglo –que fue mucho– a la burguesía se debe, sino a que "la debilidad del cambio estructural produjo el fracaso de dicha revolución burguesa"[30]. Y así, desde Vicens, fracaso no significa exactamente inmovilidad, estancamiento o vacío; fracaso significa que crecen las expectativas, se ponen en movimiento los recursos, se emprende el camino, se avanza y... al final, se frustran las esperanzas, no llegan los medios disponibles, surgen insuperables obstáculos en el camino y no se acaba nunca de llegar; fracaso no es arcaísmo, estarse quieto en el rincón, sino haberlo intentado y no haberlo conseguido.

Lo interesante de esta tesis es que parece resolver o dar cuenta de otros fracasos en cadena. De ellos, el fundamental es el de la revolución industrial. En efecto, si la revolución burguesa había fracasado, ¿cómo podría haber triunfado la industrial? Así, el libro de historia económica más influyente resume en su título con la voz *fracaso* un siglo de industrialización[31]. Pero el terreno en que el concepto de fracaso de la revolución iba a dar más fruto y suscitar más polémicas sería el de la relación entre política y sociedad, pues era evidente para cualquiera familiarizado con el siglo XIX que el más expeditivo juicio de Vilar –anacronismo social, comedia política– no servía: demasiada pasión, demasiada lucha, demasiadas guerras y demasiados muertos para reducirlo todo a la

[27] Pierre Vilar: *Historia de España,* París, 1971, pág. 79 (la cursiva es del autor).

[28] Vilar: *Historia,* págs. 78-79 y 85-86.

[29] Discurso desde el Ayuntamiento de Baracaldo, 21 de junio de 1950, en *Pensamiento político de Franco. Antología,* Madrid, 1975, vol. 1, pág. 80.

[30] Jaime Vicens Vives: *Manual de historia económica de España,* Barcelona, Vicens Vives, 1967, pág. 552.

[31] Jordi Nadal: *El fracaso de la revolución industrial en España. 1814-1913,* Barcelona, 1975.

"superficie de la sociedad", menos aún a una comedia. Con el concepto de fracaso de la revolución burguesa, sin embargo, se podía dar cuenta simultáneamente de la enorme energía desplegada a lo largo de todo ese siglo y del primer tercio del siguiente, del magro resultado de tanto esfuerzo y hasta de las sucesivas vueltas atrás. Como escribía el mismo Vicens, la debilidad o escasa "densidad numérica" de la clase llamada a cumplir la revolución, temerosa del campesinado y de la clase obrera, "avanzaba con ímpetu" en ocasiones señaladas, pero retrocedía al poco tiempo ante "los primeros chispazos de desorden público". Vicens añadía que, a pesar de todo, fue la única clase social que empuñó el timón de España hacia metas de progreso[32]; pero sus continuadores en la representación del pasado como fracaso han insistido sobre todo en la renuncia de la burguesía a su propia revolución por el gusto o la necesidad de echarse en brazos de la aristocracia, tanto para utilizar idénticos mecanismos de obtención de rentas (formándose así una burguesía terrateniente mientras se consolidaba una aristocracia financiera) como para seguirla en sus pautas de consumo o participar en su cultura política.

El resultado en el plano institucional de esta revolución burguesa fracasada, y de la peculiar constelación de clases en la que vino a desembocar, fue la siempre intentada, pero nunca lograda, instalación de un régimen liberal capaz de evolucionar hacia la democracia. No es que no existiera en España una burguesía revolucionaria, sino que una vez iniciada la revolución, y dada su debilidad, la burguesía se asusta de su propia obra y llama a los militares para detener el curso de su propia revolución: "El pueblo les da miedo", ha escrito uno de los más destacados tratadistas de la revolución burguesa. De ahí que pueda postularse una "refeudalización" después de haberse realizado la revolución burguesa[33] y que algún historiador se encuentre en el caso de atribuir una determinada revolución a la burguesía para inmediatamente después endosar la contrarrevolución a esa misma burguesía en virtud de no se sabe muy bien qué proceso dialéctico. La dialéctica, como la contradicción, sirve para traer una república y para acabar con ella, para impulsar una revolución democrática y para animar una contrarrevolución autoritaria y hasta fascista; la burguesía siempre guarda una contradicción a mano para salir de un mal paso. No faltan historiadores que atribuyan a la burguesía la instauración de la República Española y no perciban ninguna contradicción –o sólo una dialéctica– al asegurar una página después que la misma burguesía parió, al cabo de cinco años, el franquismo. En verdad, el fracaso de la revolución burguesa parece no ser más que un concepto inventado para explicar el fracaso de dos repúblicas[34], o sea, para dar cuenta del fracaso de la democracia.

El problema de este paradigma del fracaso es que sirve para explicarlo todo: que hubo industria, pero que no hubo toda la industria debida; que hubo burguesía, pero que fue débil; que vino el liberalismo y hasta la democracia, pero seguidos de reacciones restauradoras y dictaduras militares. Con lo cual se da la paradoja de que una debilidad, un no ser pleno, explica nada menos que siglo y medio de historia: muy sugestivo pero inservible. Una sociedad no puede ser tan arcaica como para entregarse en 1923 a un dictador y ocho años después tan moderna como para establecer pacíficamente una democracia, sólo para retornar enseguida al más negro arcaísmo y sucumbir ante un golpe militar de tipo español tradicional, como lo definía Azaña. En su más extremada concepción, compactada en un "bloque de poder", la oligarquía aparece como sujeto único de todo el periodo, utilizando el Ejército como brazo armado o, cuando sus intereses así lo exigen, desprendiéndose del ropaje autoritario para ensayar fórmulas democráticas que, finalmente fracasadas, la inducen a llamar de nuevo a los generales en su auxilio. Conclusión: la forma peculiar de llevar a cabo nuestra revolución burguesa fue lo que nos condujo a la guerra civil y al franquismo. Franco aparece así como la culminación de esa historia fracasada.

Tal es la conclusión a la que han llegado también destacados sociólogos. En efecto, los años sesenta presenciaron la institucionalización de una sociología que reflexionó preferentemente sobre la realidad cambiante de la que ella misma pretendía convertirse en guía. Los sociólogos, que buscan tendencias a largo plazo y causas estructurales, conceptualizaron al franquismo como un resultado orgánico de toda nuestra anterior historia, entendida de tal modo que lo explicaba como un fenómeno por así decir natural y hasta buscado. Si los historiadores habían asegurado que los conflictos sociales de raíz agraria fueron la causa de las tensiones que condujeron a la guerra civil[35], los sociólogos atribuyeron la crisis de los años treinta y la guerra al predominio de los intereses agrarios, la resultante debilidad de la burguesía y la inexistencia de las clases medias. En consecuencia, el franquismo aparecía como prueba del fracaso histórico para construir una sociedad moderna, industrial y capitalista en el marco de un sistema político liberal y democrático. Franco fue el punto de llegada de la "modernización frustrada" (concepto que cubre toda la historia de España desde 1808 hasta 1936), la "fórmula política que habían estado buscando las derechas españolas desde 1808"[36].

Un punto fundamental de esta interpretación es que en la sociedad española no hubo una verdadera y sustantiva clase media hasta los años se-

[32] Vicens, l.c.

[33] Alberto Gil Novales: 'Las contradicciones de la revolución burguesa española', *La revolución burguesa en España,* Madrid, 1985, pág. 55.

[34] Sisinio Pérez Garzón: 'La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979', en M. Tuñón de Lara, ed., *Historiografía española contemporánea,* Madrid, 1980, págs. 91-138. Ver también Bartolomé Clavero, Pedro Ruiz Torres y F. J. Hernández Montalbán: *Estudios sobre la revolución burguesa en España,* Madrid, 1979.

[35] Josep Fontana y Jordi Nadal: 'Spain', en *The Fontana Economic History of Europe,* Glasgow, 1978, págs. 485-486.

[36] Lluís Flaquer, Salvador Giner y Luis Moreno: 'La sociedad española en la encrucijada', en S. Giner, ed., *España. Sociedad y política,* Madrid, 1990, págs. 21-24. Eduardo Sevilla-Guzmán, Manuel Pérez Yruela y Salvador Giner: 'Despotismo moderno y dominación de clase. Para una sociología del régimen franquista', *Papers,* 8 (1978) pág. 141.

senta de nuestro siglo. Los sociólogos, muy conscientes de su papel como privilegiados testigos de un cambio social que interpretaban como transición de una sociedad agraria, preindustrial, tradicional a otra industrial, capitalista o moderna (o sea, muy convencidos de que ellos presenciaban en España, hacia 1960, un proceso parecido al que Saint-Simon y Comte definieron en Francia siglo y medio antes), tendieron a sobrestimar la magnitud y radicalidad del cambio que ocurría bajo sus ojos, subestimando en la misma medida, o ignorando por completo, los cambios experimentados en el primer tercio del siglo XX por una sociedad que les parecía prácticamente inmutable en su estructura de clases desde comienzos del siglo XIX. Es significativo que sociólogos sutiles y buenos conocedores de la historia no perciban en la España anterior a la guerra civil más que "viejas clases medias patrimoniales" o pequeñas burguesías nucleadas en torno a la pequeña propiedad y la pequeña producción[37]. La sociología ha insistido tanto en el arcaísmo de la estructura social, en la debilidad y hasta inexistencia de una clase burguesa nacional, en el fracaso de la revolución burguesa como consecuencia de ese hecho y en la ausencia de una clase media, que parecería como si sirvieran para la España de 1936 las amargas reflexiones que habían ensombrecido el ánimo de Larra un siglo antes, cuando no acertaba a descubrir más que en Cádiz o en Barcelona una clase media, situada entre la aristocracia y el pueblo. Prevaleció así entre los sociólogos, como explicación de la historia de la sociedad española desde la revolución liberal hasta el franquismo, una especie de argumento circular; el fracaso industrial revela una estructura de clases arcaica que impide la formación de una clase burguesa a nivel nacional y causa el fracaso de la revolución burguesa, del que el franquismo sería última consecuencia: no hay industria, no hay burguesía, no hay democracia. Es como si se dijera, exagerando un poco, que en la sociedad española no había pasado nada realmente sustantivo desde 1836 a 1936. El resultado: la guerra civil, Franco y su régimen, o sea, el fracaso de España.

El fracaso abandonado

Esta representación como fracaso de la historia de España contemporánea debería confrontarse con la reciente investigación historiográfica, porque en los últimos años han aparecido trabajos suficientes para someter a revisión cada uno de los elementos en los que se sostiene y la interpretación en su conjunto. Si la revisión continúa, quizá estaremos muy pronto en condiciones de liberar nuestra visión de la historia contemporánea de la carga de un secular fracaso y de las connotaciones de necesariedad, inevitabilidad, como de tragedia, que han impregnado nuestra historiografía desde la generación del 14, la primera que la entendió globalmente como una frustración y una carencia, como una especie de no ser de la economía, de la sociedad, de la nación, del Estado; y de la generación posterior que, al confrontarla con un modelo británico en lo económico y francés en lo político, convirtió ese no ser en fracaso: fracaso de la revolución industrial, fracaso de la revolución burguesa, fracaso de la democracia.

Las incitaciones a la revisión proceden sobre todo de la rama de la historia que más ha trabajado por aumentar nuestros conocimientos y ampliar nuestros horizontes en las últimas décadas y que, casualmente, es la que servía de cimiento a toda la anterior construcción. Me refiero, claro está, a la historia económica. Para empezar por el comienzo, por la base agraria del paradigma del fracaso: José Ignacio Jiménez Blanco ha podido titular *Expansión y cambio en la agricultura española* el periodo comprendido entre los años 1900 y 1936 y detectar un "decidido ánimo renovador" en los agricultores españoles del periodo, que consiguieron casi duplicar el valor del producto agrario saltando de 1.036 millones de pesetas en 1900 a 1.826 millones en 1931 (medido en pesetas de 1910)[38]. De hecho, entre 1900 y 1929, la población activa agraria descendió 21 puntos porcentuales –del 66,3% al 45,5%–, mientras la italiana, en el mismo periodo de tiempo, y partiendo de una magnitud similar, no llegó a perder ni 10 puntos, pasando del 63% al 53,8%[39]. Si se completa esta visión de la agricultura de antes de la guerra con la que ha investigado Carlos Barciela para los años inmediatamente posteriores, resultaría que el franquismo, más que resultado de un estancamiento agrario, fue su causa. El franquismo no podría entenderse como consecuencia de una estructura social agraria inmóvil y creadora de insoportable tensiones, sino como quiebra de una línea de cambio y expansión; interrumpe más que culmina un proceso; provoca la ruina de la agricultura más que es causado por ella[40]. En verdad, si los sociólogos españoles hubieran analizado con atención los cambios substanciales sufridos en la agricultura en las décadas de 1910 y 1920 –y no interrumpidos en la de 1930 hasta la guerra– habrían interpretado los de las décadas de 1950 y 1960 como reanudación de aquel proceso y no como inicio del cambio de rural a urbana de la sociedad española.

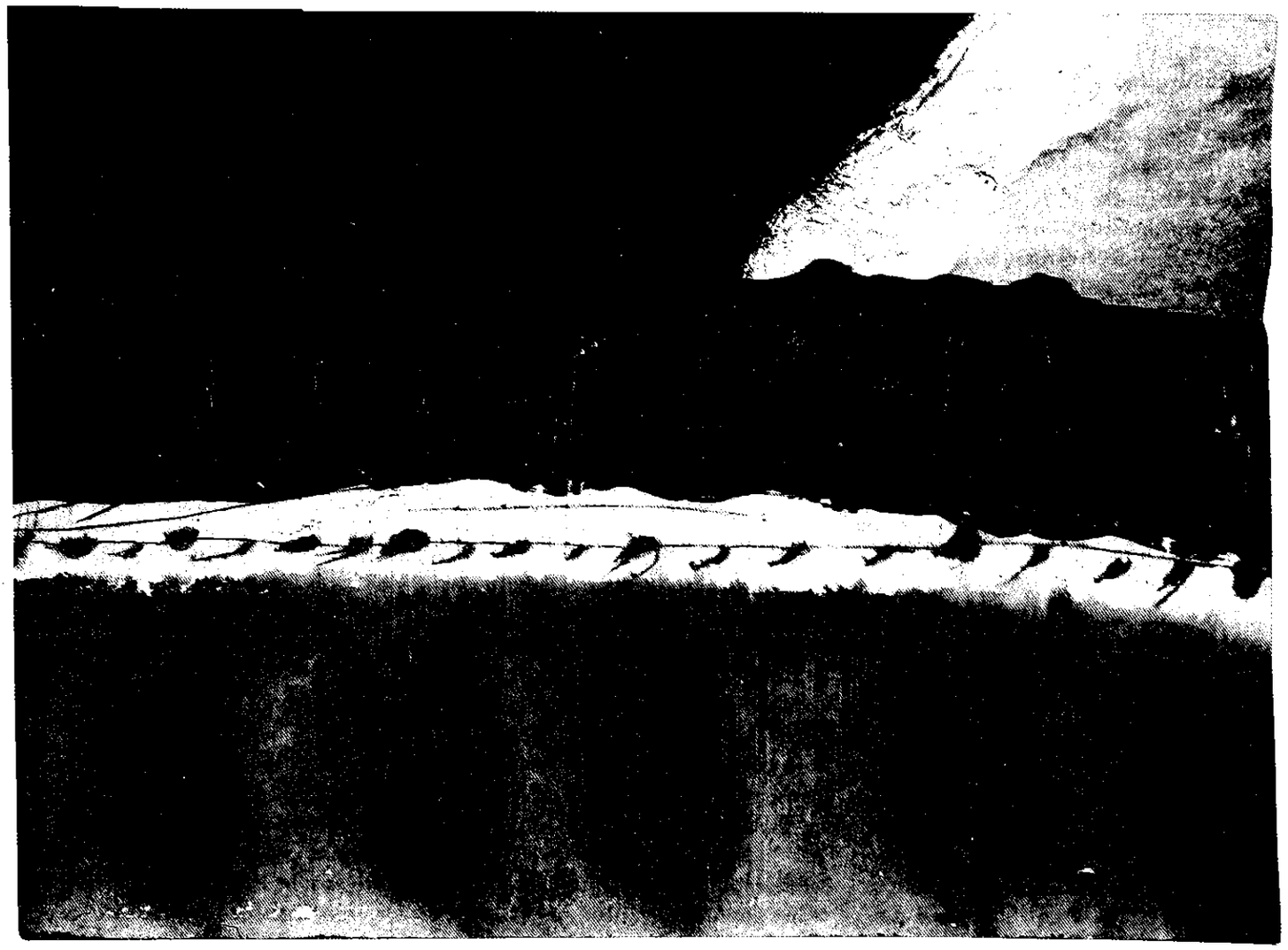
Una conclusión similar podría obtenerse para la industria de los trabajos realizados, entre otros, por Albert Carreras y Leandro Prados. Aun si no siempre están de acuerdo acerca de las tasas y ritmos de crecimiento, sí comparten la visión de un proceso de industrialización más largo y sostenido del que podría derivarse de la escueta tesis del fracaso industrial. El momento del arranque de la industrialización se sitúa "en esos 20 o 30 años que van de 1831 a 1842 hasta 1861"; a partir de ahí, el proceso es de crecimiento

[37] Alfonso Ortí: 'Estructura social y estructura del poder: viejas y nuevas clases medias en la reconstrucción de la hegemonía burguesa', en *Política y sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*, Madrid, 1987, pág. 724.

[38] José I. Jiménez Blanco: 'Introducción', en R. Garrabou, C. Barciela y J. I. Jiménez Blanco, eds., *Historia agraria de la España contemporánea. 3. El fin de la agricultura tradicional. 1900-1960*, Barcelona, 1986, págs. 45, 110 y 116.

[39] Leandro Prados de la Escosura: 'Crecimiento, atraso y convergencia en España e Italia: Introducción', en L. Prados y V. Zamagni, eds., *El desarrollo económico en la Europa del Sur: España e Italia en perspectiva histórica*, Madrid, 1992, pág. 48.

[40] Barciela: 'Introducción', R. Garrabou, C. Barciela y J. I. Jiménez Blanco, eds., *Historia agraria*, pág. 388.



lento pero sostenido, con algunos momentos de desaceleración pero con la única discontinuidad de la guerra civil, que provocó el derrumbe del producto industrial con la secuela posterior de una muy lenta recuperación, debida a la política económica altamente proteccionista y autárquica de la dictadura[41]. Y una vez más, el franquismo no aparecería entonces como culminación del fracaso de la industrialización y del predominio de arcaicos intereses agrarios, sino como el régimen que quiebra un crecimiento sostenido a largo plazo, insuficiente para alcanzar el nivel de los países de Europa occidental, pero no tan dramáticamente distinto del de otros países del área mediterránea, como Italia[42].

Pues lo cierto es que, al fin y a la postre, la evolución de la economía española no ha sido tan peculiar y hasta se puede hablar de "modernización económica de España" para el periodo comprendido entre 1830 y 1930 o titular nuevos textos de historia económica como desarrollo de España[43]. Modernización, desarrollo: desplazamiento semántico que entraña un evidente abandono del paradigma del fracaso, aunque algunos se resistan todavía y elaboren explicaciones en las que fracaso viene a ser equivalente a desarrollo más lento de lo que hubiera sido deseable, o menos rápido del que quizá podría haberse logrado si... si hubiera habido mejor y más barato carbón, otros empresarios, más agua, etcétera. Pero todos entienden lo que fracaso es: fracaso es un caso, y esto es precisamente lo que se rechaza cuando se dice que una clave interpretativa de la evolución de la economía española en los siglos XIX y XX, extraída de la comparación con distintas economías europeas, es "la imposibilidad de tener a la experiencia española por atípica en el marco europeo"; que, por el contrario, la trayectoria española es *"plenamente europea* y su normalidad hay que subrayarla frente a cualquier pretensión de encontrar supuestos elementos radicalmente específicos o del todo singulares"[44]. Es una lástima que la gente

[41] Albert Carreras: 'La industria: atraso y modernización', en J. Nadal, A. Carreras y C. Sudrià, comps., *La economía española en el siglo XX,* Barcelona, 1987, pág. 285.

[42] Carreras: 'La producción industrial en el muy largo plazo: una comparación entre España e Italia de 1861 a 1980', en L. Prados y V. Zamagni, eds., *El desarrollo,* pág. 187, para la comparación, y L. Prados de la Escosura, *De Imperio a Nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930),* Madrid, 1988, para la tesis del crecimiento-cum-atraso.

[43] Nicolás Sánchez Albornoz, comp.: *La modernización económica de España, 1830-1930,* Madrid, 1895. Gabriel Tortella: *Desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX,* Madrid, 1994.

[44] José L. García Delgado: 'Etapas y rasgos definidores de la industrialización española, en J. L. García Delgado, dir.: *Lecciones de economía española,* Madrid, 1996, pág. 29 (la cursiva es del autor).

del 98 –la del marasmo y la ciénaga– no se hayan percatado de que vivían en una sociedad que crecía más o menos al ritmo de sus vecinas mediterráneas: la de dolores que se –y nos– habrían evitado.

Porque esta transformación de nuestra mirada sobre el pasado no afecta únicamente a la economía, sino que se extiende a otros órdenes de la sociedad y la política, con idéntica consecuencia de arrebatar al franquismo su aureola de verdadera continuación de la historia de España, como Cánovas decía de la Restauración y como Azaña decía de la República. En realidad, Restauración, República y dictadura fueron rupturas con lo inmediatamente anterior, quiebras de la continuidad, propósito de comenzar de nuevo, de fundar la historia, aunque alegando de modo invariable que con esa quiebra se continuaba la verdadera, la auténtica, historia de España, desviada de su rumbo por alguna maléfica influencia extranjera, la dinastía católica o el virus del liberalismo. Por lo que respecta al franquismo, debió haber sido entendido así sobre todo en lo que se refiere a la vida cultural; y quizá si no nos hubiéramos cubierto la cabeza con la ceniza del fracaso y no hubiéramos repetido la majadera afirmación de que la derecha montaraz ha gobernado España durante 200 años, lo habríamos entendido sin mayor esfuerzo, como lo entendió Thomas Glick, no afectado del glaucoma que impidió ver aquí que todo lo que José C. Mainer ha llamado con razón Edad de Plata no fue un estallido minoritario y casual de energías creadoras, sino que requería como sustrato una muy amplia base de gentes perfectamente "europeas" que hablaban ya lo que Glick denomina discurso civil, o sea, el lenguaje típico de la cultura cívica[45].

Sin pretender que España fuera una sociedad capitalista avanzada en su estructura de clases a la altura de 1930, es indudable que contaba ya para entonces con una clase empresarial ampliamente desarrollada en sectores como la banca, la minería, la electricidad, la construcción naval, los ferrocarriles o las industrias alimentarias, y que debido a cierta ceguera voluntaria la historiografía no ha descubierto hasta fechas muy recientes[46]. Al mismo tiempo que se constituía esa clase empresarial, las categorías profesionales incrementaron significativamente su peso en los 30 primeros años de siglo, mientras se reducía en términos absolutos y relativos el de la población agraria y crecían, hasta doblar su tamaño, las grandes ciudades: Madrid, Barcelona, Sevilla, Bilbao, Valencia, Zaragoza; todas tenían en 1930 aproximadamente el doble de habitantes que en 1900. Nos queda mucho por conocer de la historia de la clase media en España porque, abrumados por el fracaso de la revolución burguesa y la derrota de la proletaria, acabamos por desentendernos de su misma existencia, de saber cómo era y a qué se dedicaba, dando por supuesto que toda ella cabía en el concepto de vieja clase media rentista y patrimonial. Pero como el masivo estudio de Francisco Villacorta demuestra, la clase media española de la Restauración estaba muy lejos de reducirse a ese viejo estereotipo: eran profesionales y burócratas los que llenaban sus filas y en una proporción muy superior a la que podría deducirse del axioma extendido entre los sociólogos según el cual las nuevas clases medias únicamente surgieron en España con ocasión del desarrollo económico de los años sesenta[47]. El vivo ritmo de las construcciones que van colmatando los ensanches de las principales ciudades en los años diez y veinte no habría sido posible sin un aumento de la demanda que sólo podía proceder de una clase media en expansión.

Una economía más dinámica de lo que se había supuesto, una sociedad que experimentaba profundos cambios en su estructura de clases, una cultura floreciente: nada de eso puede entenderse sin un mercado en expansión. Fenómenos como el modernismo y el racionalismo en arquitectura; los movimientos de renovación literaria, artística, musical; la aparición de una verdadera generación científica; la impresionante y variada publicación de periódicos, con tiradas en Madrid que nada envidian a las actuales; la expansión de la industria papelera, no se comprenden si no se tiene en cuenta la presencia de una clase empresarial y de una clase media en continuo crecimiento y accediendo a unos hábitos de consumo y a una cultura política que no puede reducirse a los de una vieja burguesía rentista y una clase media patrimonial. Había mucho analfabeto en aquella España, es cierto, pero los empresarios, científicos, literatos, artistas, médicos, abogados, ingenieros, arquitectos, profesores, a los que Ortega dirigía sus llamamientos, no podían contarse ya con los dedos de la mano.

Si todo esto es así, ¿cómo fue posible una guerra civil tan sangrienta y una dictadura tan prolongada? ¿Quizá porque, a pesar de todo, los políticos y el sistema de la política se mantuvieron arcaicos hasta acabar reducidos a lo que Ortega llamó la vieja España? Ya es un avance intentar una explicación de fenómenos políticos sin menospreciar, o tener como mero reflejo de otras cosas, el funcionamiento de las instituciones políticas y del sistema de partidos. Pero en este punto la revisión no ha hecho más que comenzar, debido a que, habiendo dado por supuesto que los políticos eran unos miserables y que la política era una comedia, apenas nos hemos dedicado al estudio de las instituciones políticas del largo periodo de la Restauración. Apenas, pues no faltan ya historiadores de la política que, liberados también del paradigma del fracaso, se han propuesto estudiar el sistema por lo que fue y no por lo que presuntamente reflejaba. Queda todavía mucho por saber de la clase política española, desde la generación liberal que vuelve de Inglaterra a hacerse cargo del Gobierno a la muerte de Fernando VII hasta la de los desencantados de la Gloriosa Revolución de Septiembre y sus sucesores. Pero que quede mucho por saber no quiere decir que no sepamos nada y lo que vamos sabiendo

[45] J. C. Mainer: *La Edad de Plata (1902-1939)*, Madrid. Thomas F. Glick: *Einstein y los españoles. Ciencia y sociedad en la España de entreguerras*, Madrid, 1986.

[46] La historia de la empresa en España "había sido muy descuidada por la historiografía española", afirman Francisco Comín y Pablo Martín Aceña en 'Introducción' a *La empresa en la historia de España*, Madrid, 1996. Pero los *descuidos* historiográficos tienen causas conocidas: no se busca aquello por lo que nadie pregunta, porque todos dan por inexistente.

[47] Francisco Villacorta: *Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*, Editorial Siglo XXI, Madrid, 1989.

nos lleva como de la mano a la conclusión a que ha llegado uno de los mejores conocedores de todo ese mundo, José Varela Ortega, que acaba de escribir: "Cuando hablamos de Restauración española nos referimos a un régimen liberal clásico del siglo XIX. Nuestro país pertenecía al grupo de potencias liberales... España era un país occidental, una sociedad política donde las libertades básicas estaban reconocidas por una Constitución, con libertades de prensa, de palabra, de propaganda y de asociación, un sistema que respetaba, si no la independencia, sí la separación de poderes". Y Juan Pablo Fusi, en un reciente comentario al volumen de la *Historia de España,* de Espasa, dedicado al reinado de Alfonso XIII, reivindica no ya el sistema político, sino a los hasta ayer denigrados políticos de la Restauración, en quienes ve a "personas de notable formación jurídica y política, buen sentido de Estado y de los intereses internacionales de España y abundantes ideas y proyectos de Gobierno"[48]. ¿Quién podría reconocer en el sistema teorizado por Varela y en los políticos descritos por Fusi al régimen denostado y a los políticos despreciados por la gente del 98?

En la reciente producción de historia económica, cultural y política sobre los siglos XIX y XX es perceptible un deslizamiento de la representación del pasado español como anomalía, dolor o fracaso hacia una nueva perspectiva que resalta la similitud del desarrollo económico, de la cultura y del sistema político con procesos que han tenido lugar antes o después en diversas regiones europeas. Ninguna representación del pasado es inocente: la España anómala de los liberales formaba parte de una estrategia política de recuperación de la libertad por una acción revolucionaria popular; la doliente de los noventayochistas expresaba el radical rechazo del tiempo presente con objeto de empezar de nuevo la historia de una España caída en el marasmo; la fracasada del franquismo pretendía poner ante la mirada las tareas supuestamente pendientes de la revolución burguesa, o sea, la recuperación de la democracia. Ahora, el cambio de mirada expresa, en ese mismo nivel de las representaciones del pasado, el resultado de la experiencia política vivida por las generaciones nacidas después de la guerra civil, para quienes España era, al comenzar los años sesenta, un país fracasado, con una historia singular que la alejaba y aislaba de Europa y que era necesario explicar buceando en un pasado singular, diferente. A medida que pasó la década de los sesenta con su rápido crecimiento económico y se produjo en la siguiente una transición a la democracia por transacción entre élites políticas con alta participación popular, lo que se necesitaba explicar no era ya un fracaso histórico, sino algo así como la culminación de un largo proceso cuyas raíces se hundían profundas en el tiempo: no había que borrar el pasado sino únicamente tener cuidado para no repetirlo. El pueblo dejó de ser denostado por su canija ruralidad y comenzó a ser alabado por su madurez democrática, mientras los políticos pasaban a ser, de aquella especie agarrada a las urbes del Estado que tanto estimuló el ingenio anarquista, los ejemplares servidores de la cosa pública: se acabó el mito del pueblo eunuco y del político abyecto. Y del mismo modo que las gentes del 98 y sus inmediatos herederos inventaron una España rural, moribunda, fracasada, desviada de la corriente general de la civilización europea, nosotros hemos inventado una España liberal, que quizá creció a un ritmo menor al deseado pero que, a pesar de ello, pertenece desde siempre a la civilización europea y dispuso de instituciones homologables a las de nuestros más cercanos vecinos. ¿El caciquismo?: un caso más de clientelismo, como es la norma en los orígenes de todos los Estados liberales; ¿la oligarquía?: no hay liberalismo sin ella. La pregunta que se formulaban los historiadores a medida que transcurrían los años ochenta no era por qué había fracasado España en la constitución de una sociedad y un Estado democráticos, sino por qué había tenido éxito; no por qué era diferente, sino por qué se parecía tanto al resto de Estados de la Europa occidental. Para responder a esa nueva pregunta, se abandonó sin más ruido ni alboroto la representación desdichada de nuestro pasado. Queda por ver qué nos depara el futuro, porque de todo este viaje sólo una cosa parece segura: que la representación del pasado cambia a medida que se transforma la experiencia del presente.

[Texto de la *Plenary Address* pronunciada en la Conferencia Anual de la Society for Spanish and Portuguese Historical Studies, celebrada en abril de 1996].

[48] José Valera Ortega: 'Sobre la naturaleza del sistema político de la Restauración', en G. Gortazar, ed., *Nación y Estado en la España liberal,* Madrid, 1994, págs. 170-171. Juan P. Fusi: 'La España de Alfonso XIII', de Carlos Seco y Javier Tusell, *Abc,* 19 de abril de 1996.

Santos Juliá es catedrático de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad a distancia. Autor de *La izquierda del PSOE* y *Azaña*